# Violencias, genocidios, guerras, homicidios, feminicidios, crímenes, muertes, representaciones estéticas en América Latina (siglos XIX-XXI)

**Fecha límite para envío de trabajos: 2 de Mayo de 2013**

**(40.000 signos, notas al pie de página y bibliografía incluidas)**

La historia de la humanidad está atravesada por escenas de violencia. Todos los mitos fundacionales comportan una guerra, una altercación, un hecho de sangre. Verter sangre equivale a construirse una identidad que queda como marca indeleble para viajar hacia el pasado y para proyectarse hacia el futuro. Y si esto cuenta a nivel universal, lo mismo ocurre en el plano regional, nacional, local, familiar. Empero, más allá de toda especulación espacial o tribal, todo ello plantea una problemática que se vincula con los principios mismos de la humanidad: el conflicto entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, el de los límites de la legalidad, el del libre albedrío, el problema de la causalidad en el delito, es decir la relación entre el hecho punible y la sanción, como se observa en escritores como Piglia o en las novelas negras en Costa Rica, Perú, Colombia, etc. La muerte se ubica en un territorio fluctuante, que pasa por la realidad y por el deseo, porque es destructora, porque deconstruye, pero a la vez plantea la posibilidad de una transformación, de un cambio radical. En ese sentido, las violencias y todos los otros temas que proponemos desarrollar producen un efecto de conmoción en la identidad individual y colectiva. Operan como una refundación.

La historia de los países latinoamericanos se inscribe en la dinámica de este proceso. Desde antes de la ignominia de la conquista y de la colonización, desde la desaparición de millones de individuos de los pueblos autóctonos, el signo de la historia latinoamericana está marcado por esa violencia fundadora. Los procesos de resistencia indígena, la Independencia y luego las guerras civiles que sacudieron al mundo latinoamericano en su afán por construir un modelo estatal, los sucesivos tiranicidos, también llevan la impronta de esa violencia. Esta realidad plantea problemas que se relacionan con el rescate de la memoria y con la rescritura de la historia, con la función de cualquier forma de representación estética cuando se abordan dichas temáticas.

El genocidio de los pueblos indígenas no se detuvo con la Independencia. Al contrario, el exterminio de numerosos grupos étnicos, de manera planificada o como consecuencia de los abusos sociales, políticos y contra el medio ambiente, prolongó esta tragedia hasta nuestros días. Los genocidios cometidos desde el siglo XIX y en época mas reciente en Argentina, Perú, Colombia, Uruguay, Chile, México, Paraguay, Guatemala, etc., prolongan esta larga cadena que instrumenta desde el Estado la eliminación física del opositor, sin posibilidad de diálogo democrático. La violencia de género se inscribe en la misma línea. La actual situación en Ciudad Juárez (México) está allí para recordárnoslo.

Ante esta violencia desde las instancias del poder o desde el narcotráfico, surgió una violencia de resistencia, de respuesta, de los sectores marginados o victimizados de la sociedad. Rebeliones indígenas, sindicales, políticas, atentados anarquistas, aparición de grupos armados opositores al ejército estatal. La lista para enumerar esta crónica de la violencia parece interminable. Pero no por ello debemos olvidar las organizaciones pacifistas que, a la manera de aquélla creada por Javier Sicilia en México, plantean soluciones que no pasen por el enfrentamiento directo.

¿Qué memoria nos queda de los campos de batalla, de los campos de concentración, de los territorios de las masacres, de las ruinas precolombinas? El discurso historiográfico se interesa cada vez más sobre estos temas memorialísticos, porque las deformaciones y los olvidos han impregnado las versiones del pasado. ¿Qué hacer con estos espacios?

El ámbito familiar también se hace eco de la violencia fundadora que nos transmiten los mitos: infanticidios, parricidios, matricidios, fratricidios. La sangre llama a la sangre como si de ese modo se creara un origen común. Al drama histórico le corresponden los dramas sociales y familiares. ¿Qué imagen de la muerte elaboran los pueblos en este contexto?

Esta realidad ha sido objeto de tratamientos estéticos de todo orden. Las artes plásticas han plasmado desde el siglo XIX la imagen de una sociedad transida por los enfrentamientos de todo tipo. La novela policial –que nació en lengua española en Argentina en 1878, treinta años antes que en España- trató naturalmente todos estos temas, ya sea los vinculados a la violencia colectiva, ya sea aquéllos en relación con lo individual. La evolución que conoció el género luego de los aportes de Borges y Bioy Casares, hasta llegar a la época actual, en la que los novelistas hacen énfasis en el crimen muy por encima de la idea moderna de sanción.

Matar, morir (por crimen o de muerte natural), culpables, inocentes, víctimas: todas estas categorías alimentaron el imaginario artístico desde el siglo XIX y se prolongaron hacia otras expresiones como la música (los corridos de la revolución mexicana; el narcocorrido por citar un ejemplo reciente), el cine, el teatro, etc. El auge de la novela, del cine y de las series televisivas negras en los países latinoamericanos desde los años 70 merece asimismo un asedio crítico para entender sus orígenes y el diálogo que se entabla con la realidad. Como en la vida, en las artes, la gente también muere.

Proponemos para este número un enfoque interdisciplinario, que pasa por la historia, la sociología, la antropología, la diplomacia, las cuestiones de género y de alteridad, las representaciones estéticas de todo tipo. El periodo histórico sobre el que se concentra este número 8 de *Amerika* va del siglo XIX hasta la época actual. Todo trabajo que relacione el pasado anterior al siglo XIX, relacionándolo con los periodos más recientes, es bienvenido.

Esta reflexión es producto del intercambio y del debate entre la Universidad de Antioquía (Colombia) y de la Université de Rennes 2 (Francia).

Gustavo Forero Quintero (Universidad de Antioquia, Colombia); Claire Sourp y Néstor Ponce (LIRA/ERIMIT 4327, Université Rennes 2)

# Violences, génocides, guerres, homicides, féminicides, crimes, meurtres, représentations esthétiques

**Date limite de remise des travaux : 2 Mai 2013**

**(40.000 caractères, notes de bas de page et bibliographie comprises):**

L'histoire de l'humanité est traversée de scènes de violence. Tous les mythes fondateurs comportent une guerre, une querelle, un événement sanglant. Verser le sang équivaut à construire une identité qui demeure, telle une marque indélébile, servant à voyager dans le passé et à se projeter dans le futur. Et si c'est valable à un niveau universel, cela l'est tout autant sur le plan régional, national, local, familial. Néanmoins, au-delà de toute spéculation spatiale ou tribale, tout ceci pose une problématique qui est liée aux débuts mêmes de l'humanité : le conflit entre le Bien et le Mal, entre la justice et l'injustice, celui des limites de la légalité, celui du libre-arbitre, le problème de la causalité du délit, c'est-à-dire de la relation entre l'acte punissable et la sanction, comme on peut le constater chez des écrivains tels que Piglia ou bien dans le roman noir au Costa Rica, au Pérou, en Colombie, etc. La mort se situe dans un territoire fluctuant, passant par la réalité et le désir, parce qu'elle est destructrice, parce qu'elle déconstruit, mais aussi parce qu'elle instaure la possibilité d'une transformation, d'un changement radical. En ce sens-là, les violences – ainsi que tous les autres thèmes que nous nous proposons de développer – produisent un effet de choc dans l'identité individuelle et collective. Ils opèrent à l'instar d'une refondation.

L'histoire des pays latino-américains s'inscrit dans la dynamique de ce processus. Même avant l'ignominie de la Conquête et de la colonisation et la disparition de millions d'individus parmi les peuples autochtones, l'histoire latino-américaine est marquée par cette violence fondatrice. Les processus de résistance indigène, l'Indépendance et les guerres civiles qui secouèrent ensuite le monde latino-américain dans sa quête de construction d'un modèle d'état, l'avènement de tyrans successifs, tout ceci porte également l'empreinte de la violence. Cette réalité soulève des problèmes qui sont liés à la reconquête de la mémoire et à la réécriture de l'histoire, avec la fonction de toute forme de représentation esthétique lorsqu'on aborde de telles thématiques.

Le génocide des peuples indigènes ne s'arrêta pas avec l'Indépendance. Au contraire, l'extermination de nombreux groupes ethniques – que ce soit de manière planifiée ou une conséquence des abus sociaux, politiques ou envers l'environnement – a prolongé cette tragédie jusqu'à nos jours. Les génocides commis depuis le XIXe siècle et, plus récemment, en Argentine, au Pérou, en Colombie, en Uruguay, au Chili, au Mexique, au Paraguay, au Guatemala, etc., prolongent cette longue chaîne d'organisation par l'Etat de l'élimination physique de tout opposant, sans possibilité de dialogue démocratique. La violence de genre s'inscrit dans la même ligne. La situation actuelle à Ciudad Juárez (Mexique) est là pour nous le rappeler.

Face à cette violence émanant des instances du pouvoir ou du narcotrafic, a surgi une violence de résistance, une réplique des secteurs marginalisés ou victimisés de la société : rébellions indigènes, syndicales, politiques, attentats anarchistes, apparition de groupes armés s'opposant à l'armée d'état. La liste récapitulative de cette chronique de la violence semble interminable. Mais par ailleurs, ce n'est pas pour cela que nous devons oublier les organisations pacifistes qui, à la manière de celle fondée par Javier Sicilia au Mexique, proposent des solutions qui ne passent pas par l'affrontement direct.

Quel souvenir conservons-nous des champs de bataille, des camps de concentration, des territoires qui furent le théâtre de massacres, des ruines précolombiennes ? Le discours historiographique s'intéresse de plus en plus à ces thèmes mémorialistiques, car les déformations et les oublis ont imprégné les versions du passé. ¿ Que faire de ces espaces ?

Le milieu familial se fait également l'écho de la violence fondatrice que nous transmettent les mythes : infanticides, parricides, matricides, fratricides. Le sang appelle le sang, comme si de cette manière se créait une origine commune. Au drame historique répondent les drames sociaux et familiaux. ¿ Quelle image de la mort les peuples élaborent-ils dans ce contexte ?

Cette réalité a fait l'objet de procédés esthétiques de toute sorte. Depuis le XIXe siècle, les arts plastiques ont façonné l'image d'une société accablée par des affrontements en tout genre. Le roman policier, qui est né en langue espagnole en Argentine en 1878 – soit trente ans avant l'Espagne – a naturellement traité tous ces thèmes, qu'ils soient liés à la violence collective ou bien individuelle. Une évolution qu'a connu ce genre littéraire, grâce à la contribution de Borges et de Bioy Casares, jusqu'à l'époque actuelle où les romanciers mettent l'accent sur le crime, bien au-delà que l'idée moderne de sanction.

Tuer, mourir (de mort naturelle ou non), coupables, innocents, victimes : toutes ces catégories ont alimenté l'imaginaire artistique depuis le XIXe siècle et se sont étendues à d'autres expressions artistiques telles la musique (*corridos* de la révolution mexicaine et, pour citer un exemple récent, le *narcocorrido*), le cinéma, le théâtre, etc. L'essor du roman, du cinéma et des séries noires télévisées dans les pays latino-américains depuis les années 70 mérite une critique assidue pour en saisir les origines et le dialogue entamé avec la réalité. Que ce soit en art ou dans la vie, les gens meurent également.

Nous proposons pour ce numéro une approche interdisciplinaire qui passe par l'histoire, la sociologie, l'anthropologie, la diplomatie, les questions de genre et d'altérité : des représentations esthétiques de toute sorte. La période historique sur laquelle se focalise ce numéro 8 d'*Amerika* va du XIXe siècle à l'époque actuelle. Tout travail concernant un passé antérieur au XIXe siècle – en relation avec les périodes les plus récentes – est le bienvenu.

Cette réflexion est le résultat des échanges et du débat entre l'Université de Antioquía (Colombie) et l'Université de Rennes 2 (France).

Gustavo Forero Quintero (Université d'Antioquia, Colombie) ;

Claire Sourp et Néstor Ponce (LIRA/ERIMIT 4327, Université de Rennes 2)

**Violence, genocide, wars, killings, feminicide, crime, deaths, and aesthetic representations in Latin America (XIX-XXI)**

**Deadline for delivery of works: 2th may 2013**

**(40.000 signs, footnotes and bibliography included)**

The history of mankind is crossed by scenes of violence. All founding myths involve a war, an altercation, a bloody event. To spill blood is equivalent to building an identity that remains indelible, to travel into the past and to project itself onto the future. And if this has a universal level, the same is true at the regional, national, local, family levels. But beyond speculation or tribal space, all this raises a problem that is related to the very principles of humanity: the conflict between good and evil, between justice and injustice, the limits of legality and that of free will, the problem of causality in crime (i.e. the relationship between the offense and the sanction, as seen in writers like Piglia or black novels in Costa Rica, Peru, Colombia, and so forth). Death is set in a fluctuating territory, passing through reality and desire, because it is destructive, because it deconstructs; but also because it raises the possibility of a transformation, of a radical change. In that sense, violence and all the other issues we propose to develop produce the effect of shock on the individual and collective identity. They operate as a recasting.

The history of Latin America is part of the dynamics of this process. Even before the ignominy of conquest and colonization and the disappearance of millions of individuals of indigenous peoples, the sign of Latin American history was marked by the founding violence. The processes of indigenous resistance, independence and then the civil wars that shook the Latin American world in their quest to build a state model, successive reigns of tyrants, all these also bear the imprint of such violence. This reality raises issues that relate to the recovery of memory and the rewriting of history, with the function of any form of aesthetic representation when dealing with such issues.

The genocide of indigenous peoples did not stop with independence. On the contrary, the extermination of many ethnic groups, as a result of design, or as a consequence of social abuses, politics, or even the environment; this tragedy has lasted until today. The genocides committed since the nineteenth century and more recently in Argentina, Peru, Colombia, Uruguay, Chile, Mexico, Paraguay, Guatemala, and so forth, prolong this chain that comes from the state and its physical elimination of the opposition, eliminating the possibility of democratic dialogue. Gender violence is part of the same line. The current situation in Ciudad Juarez (Mexico) is there to remind us of it.

Given this violence from the corridors of power or the drug, violence brought forth resistance, response, or marginalized sectors of society who were victimized. Indigenous rebellions, unions, political, and anarchist attacks: the emergence of armed groups opposed to the government army. The list needed to enumerate this chronicle of violence seems endless. But we must not forget that peace organizations, the way it was created in Mexico by Javier Sicilia, pose solutions that do not pass through direct confrontation.

How much do we remember from the battlefields, the concentration camps, the territories of the massacres, the pre-Columbian ruins? The historians are increasingly interested in erecting memorials on these issues, because the distortions and omissions have permeated past versions. What should be done with these spaces?

The family environment also echoes the founding violence that gives us the myths: infanticide, patricide, matricide, fratricide. Blood calls to blood as if to create a common origin. Historical drama corresponds to social and family dramas. What image of death do the people make in this context?

This reality has been subject to all kinds of aesthetic procedures. Since the nineteenth century the arts have shaped the image of a society transfixed by the fighting of all kinds. The detective novel, which was born in Spanish in Argentina in 1878 (thirty years before Spain) naturally tackled all these issues, whether they were related to collective violence, or whether they were related to a specific individual. The evolution that became a genre after the contributions of Borges and Bioy Casares, up to the present day, in which novelists emphasize crime far above the modern idea of ​​punishment.

To kill, to die (by natural or unnatural causes), guilty individuals, innocent victims: all these categories added grist to the mills of the artistic imagination since the nineteenth century and continued into other expressions such as music (*corridos* of the Mexican Revolution, and the *narcocorrido* to quote a recent example), cinema, theater, and so on. The rise of the novel, the film and the dark television series in Latin America since the 1970s also deserves a critical siege to understand its origins and its dialogue that engages with reality. As in life, in the arts, people also die.

We propose that this number be an interdisciplinary approach, one which makes use of history, sociology, anthropology, diplomacy, gender and otherness: aesthetic representations of any kind. The historical period that focuses on the eighth issue of *Amerika* goes from the nineteenth century to the present day. All the work relating to the past prior to the nineteenth century, linking it to the more recent periods, is welcome as well.

This reflection is the product of the exchange and discussion between the University of Antioquia (Colombia) and the Université de Rennes 2 (France).

Gustavo Forero Quintero (University of Antioquia, Colombia); Claire Sourp and Néstor Ponce (LIRA / ERIMIT 4327, Université Rennes 2)

**Violências, genocídios, guerras, homicídios, feminicídios, crimes, mortes, representações estéticas na América Latina (séculos XIX-XXI)**

**Prazo final para entrega de trabailhos: 2 maio 2013**

**(40.000 caracteres, incluindo notas e bibliografía)**

 A História da humanidade está atravessada por cenas de violência. Todos os mitos fundacionais comportam uma guerra, uma disputa, um ato sangrento. A derrama de sangue equivale a construir-se uma identidade que se torna marca indelével na viagem até o passado e na projeção para o futuro. E se esta realidade tem importância em nível universal, o mesmo ocorre no plano regional, nacional, local, familiar. Porém, longe de toda especulação espacial ou tribal, essa realidade expõe uma problemática vinculada com os primórdios da humanidade: o conflito entre o bem e o mal, entre a justiça e a injustiça, o conflito entre os limites da legalidade, o do livre arbítrio, o problema da casualidade no delito, a relação entre o fato punível e a sanção, tal como se observa em escritores como Piglia ou nos romances policiais na Costa Rica, Peru, Colômbia, etc. Dito isso, a morte entra num território flutuante, que passa pela realidade e pelo desejo, porque é sedutora, porque destrói, mas ao mesmo tempo mostra a possibilidade de uma transformação, de uma mudança radical. Nesse sentido, as violências e todos os outros temas que propomos desenvolver produzem um efeito de comoção na identidade individual e coletiva. Funcionam como uma refundação.

 A história dos países latino-americanos se inscreve na dinâmica deste processo. Desde antes da vergonha da conquista e da colonização, desde o desaparecimento de milhões de indivíduos de povos autóctones, a história latino-americana está marcado por essa violência fundadora. Os processos de resistência indígena, a Independência e posteriormente as guerras civis que sacudiram o mundo latino-americano em seu afã de construir um modelo estatal, os sucessivos tiranicídios, também levam a marca dessa violência. Esta realidade demonstra problemas que se relacionam com o resgate da memória e com a rescrita da história, com a função de toda e qualquer forma de representação estética quando tratam das ditas temáticas.

 O genocídio dos povos indígenas não teve fim com a Independência. Pelo contrário, o extermínio de numerosos grupos étnicos, de maneira planejada ou como consequência dos abusos sociais, políticos e contra o meio-ambiente, prolongam esta tragédia até os dias atuais. Os genocídios cometidos desde o século XIX e em época mais recente na Argentina, Peru, Colômbia, Uruguai, Chile, México, Paraguai, Guatemala, etc., alongam esta cadeia que instrumenta através do Estado a eliminação física do opositor, sem possibilidade de diálogo democrático. A violência de gênero se inscreve na mesma linha. A atual situação da Cidade Juárez (México) nos serve de exemplo.

 Diante desta violência das instâncias do poder ou do narcotráfico, surgiu uma outra violência de resistência, de resposta, dos setores marginais ou vitimizados da sociedade. Rebeliões indígenas, sindicais, políticas, atentados anarquistas, surgimento de grupos armados em oposição ao exército estatal. A lista para enumerar esta crônica da violência nos parece interminável. Mas também não devemos esquecer das organizações pacíficas que, seguindo o modelo da organização criada por Javier Sicilia no México, sugerem soluções que não passam pelo enfrentamento direto.

 Que memória temos dos campos de batalha, dos campos de concentração, dos territórios dos massacres, das ruinas pré-colombianas? O discurso historiográfico se interessa cada vez mais por esses temas memorialísticos, porque as deformações e os esquecimentos impregnaram as versões do passado. O que fazer com esses espaços?

 O ambiente familiar também sofre com essa violência que nos transmitem os mitos fundadores: infanticídios, parricídios, matricídios, fratricídios. O sangue chama o sangue como se deste modo se atribuíssem uma origem comum. Ao drama histórico o correspondem os dramas sociais e familiares. Que imagem da morte elaboram os povos neste contexto?

 Esta realidade foi objeto de tratamentos estéticos de toda ordem. As artes plásticas plasmaram desde o século XIX a imagem de uma sociedade transpassada por todo tipo de enfrentamentos. O romance policial – que nasceu em língua espanhola na Argentina em 1878, trinta anos antes que em Espanha – tratou naturalmente de todos esses temas, quer fossem os vinculados a violência coletiva, ou aqueles relacionados ao indivíduo. A evolução sofrida por esse gênero literário desde Borges e Bioy Casares até chegar na época atual, na qual os romancistas dão ênfases mais ao crime do que a ideia moderna de sanção também foi objeto de tratamento estético.

 Matar, morrer (assassinado ou de morte natural), culpáveis, inocentes, vítimas: todas estas categorias alimentaram o imaginário artístico desde o século XIX e se estenderam até outras manifestações como a música (os “corridos” da revolução mexicana – uma espécie de literatura de cordel; assim como o “narcocorrido” para citar um exemplo recente), o cinema, o teatro, etc. O auge do romance, do cinema e das séries policiais televisivas nos países latino-americanos desde os anos 70 merecem uma dose de crítica para entendermos suas origens e seu diálogo com a realidade. Como na vida real, nas artes, as pessoas também morrem.

 Para este número da revista propomos um enfoque interdisciplinar, que passa pela história, sociologia, antropologia, pela diplomacia, as questões de gênero e alteridade, pelas interpretações estéticas de todo tipo. O período histórico sobre o qual se concentra este oitavo número da revista Amerika vai do século XIX até os dias atuais. Todo trabalho que relacione um passado anterior ao século XIX com períodos mais recentes também será bem-vindo.

 Esta reflexão é produto do intercâmbio e debate entre a Universidade de Antioquía (Colombia) e a Universidade de Rennes 2 (França).

Gustavo Forero Quintero (Universidade de Antioquía, Colombia); Claire Sourp e Nestor Ponce (LIRA/ERIMIT 4327, Universidade Rennes 2)